

52.

21

DRAMA HEROYCO EN UN ACTO,

TITULADO:

TELÉMACO

EN LA ISLA DE CALIPSO.

POR D. J. P. D. L. C.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE MARTIN PERIS.

AÑO 1819.

Se hallará en la Librería de la Viuda de Navarro, calle de la Lonja de la Seda; asimismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Autos Sacramentales, Saynetes y Unipersonales.

TELÉMACO

EN LA ISLA DE CALIPSO.

PERSONAS.

Telémaco.
Mentor.
Calipso.



La ninfa Eucaris.
Otras ninfas que no hablan.



ESCENA PRIMERA.

Hermosa campiña con alguna fuente ó arroyuelo de agua viva, varios grupos de árboles, entre los que se dexará ver la entrada de una gruta: á un lado del teatro habrá un asiento de piedra. Sale Mentor conduciendo de la mano á Telémaco, cuidadosos de que no los escuchen.

Ment. Créeme Telémaco, y sigue ansioso
mis pasos, mira pues que ya no es tiempo
de detenernos mas; corre al socorro de tu madre Penelope, que han puesto los Dioses á tu cargo; de tu padre el destino te mueva; parte luego en su busca siguiendo tus ideas.
No interrumpán cuidados tan funestos el amor que á la Patria se le debe.

Telém. Mi buen amigo, mi mejor maestro,
mi padre en fin (que bien merece un nombre tan del alma á quien todo se lo debo) perdona pues si te resisto acaso sola esta vez, si niego á tus preceptos una ciega obediencia, y presta oído á mi disculpa.

Ment. Todo lo penetro,
y no hay excusa á mis razones, y quieres que lo perdamos todo en un momento?

Te has olvidado ya de tu heroismo?
O qué nueva impresion cupo á tu pecho que detenerte quiere en esta Isla?

Telém. Y qué obstáculo encuentras, ó qué empeño te obliga á lo contrario? Pues si adviertes del destino de Ulises, siendo muerto (como debo juzgar prudentemente) por qué en su busca ya empeñarme debo?

Si al socorro me guías de mi madre, qué duda puede haber en que no viendo volver á su hijo, haya sabido sola librarse cautelosa del inmenso número, que con ansia la pretenden? Además de que ya Icaro mi abuelo le había elegido esposo por escudo de su honor, y quien cele sobre aquellos:

Antes ya nuestra vuelta es un presagio

fatal de nuestra ruina; pues habiendo los de Itaca perdido la memoria de Ulises; á qué aspiran mis deseos! si el que acaso...

Ment. No más; calla, que no eres tú Telémaco el que habla, es un acceso

de tu ciega pasión afeminada.

Pero nada me admira, toma aliento y conócete á tí, desecha pronto esos lazos que te hacen muy diverso de aquel hijo de Ulises invencible.

Telém. Qué lazos dices? Qué mudanzas tengo?

Qué concepto has formado? Vamos, vamos,

no te detengas más, partamos luego; pero no, dexame Mentor amigo; ni estoy en mí, ni sé lo que profiero; no está en mi mano...

Ment. Todo de tí pende, y más quando á los Dioses los encuentro

tan de tu parte, en esto quizá acaso de Ulises el hallazgo consistiendo de su hijo Telémaco. Qué suspiras? Qué me dice tu llanto? Te has resuelto

á hacerte sordo, dí, al favor divino? No quieres dar debido cumplimiento á sus promesas? Callas? Y tan solo das por respuesta el criminal silencio? Te comprehendo muy bien, nada se oculta

á mi penetración; dí, qué se han hecho tus combates, conquistas y victorias?

Así borras la fama de tus hechos con la afeminación? Si ya no existe en tí un héroe glorioso, y me avergüenzo

de haber en tí empleado tan sin fruto tantos años mis sabios documentos.

Telém. Yo...

Ment. Sí, tú eres el hombre más culpable

si te dexas vencer...

Telém. Yo te prometo

el resistir con toda mi constancia, exponer mi valor á qualquier riesgo, y dar la vida en fin á todo trance: mas permite que diga, que todo esto es nada para mí, como no salga de esta Isla, hay aquí no sé que nuevo aliciente que es imposible pueda dexarle, Mentor mio, en mi no encuentro

fuerzas que me separen de estas tierras aun de mis padres el estado.

Ment. Ciego

monstruo de una pasión la más villana,

quédate á Dios, que ya entregado dexo

á tu delirio mi cuidado todo.

Yo me partiré solo, y tendre medios para salir de tan nocivo sitio.

Telém. Ah! qué poco agradeces los inmensos

favores de Calipso, las promesas de la inmortalidad, acogimiento! Y en fin todo lo que á ella se debe con una ingratitude quieres que el pecho

la recompense tales beneficios!

Ment. Otros motivos son los de tu exceso:

solo tus intereses y tus gustos te detienen. En fin, bastante he hecho por persuadirte á lo que más te importa:

me ofreci á ser tu padre, tu maestro, y tu mejor amigo: no me queda cosa á que como tal no me haya expuesto;

te obstinas ahora pues en tu dictámen,

no me quieres creer, ya estoy resuelto

á partir solo: si seguirme quieres piénsalo, hasta mañana tienes tiempo: examina lo mucho que me debes, que eres de Ulises único heredero, el rigor de los Dioses, sus promesas, y en fin... míralo bien... guárdete el

Cielo. *Vase.*

arbitrios que destruyan mis promesas.
Antes que los demás... esto es primero,
mas mi palabra ya se halla empeñada;
y Mentor le habrá dicho que resuelvo
no verle mas, que quiero abandonarles;
que es odio ya lo que antes fue deseo;
que mandé se ausentase... pero acaso
fue la alma la que habló? Pudo mi
pecho

abandonar la luz por quien respiro?
Es mentira, es error, es devaneo.
Corro á buscarle, voy á detenerles;
y si no lo encontrase haré que fuego
pongan luego á esa nave que en mi
daño
el acaso ha dexado en este puerto.
Telémaco, mi bien, mi único alivio,
mi placer, mi delicia, y mi consuelo,
paga mi amor ó quítame esta vida,
que es el vivir sin tí vivir muriendo.

ESCENA VII.

Selva corta. Telémaco y Mentor.

Ment. Hijo del sabio Ulises, tan amado
de las deidades, que aun en el exceso
de sufrir vuestro crimen, se conoce
quánto os estiman á pesar del feo
y debil abandono de tu estado;
llegó la hora en fin de conoceros?
Puede aun mas el amor de una hermo-
sura
que el de un padre, una madre, y todo
un Reyno?

Desengáñame pues.

Telém. En tantos males
guarecedme Mentor, todo lo espero
de tu sabiduría, pues tal me hallo,
tal es el compromiso en que me veo
que ni puedo seguirte ni dexarte.
Librame, si es posible, de mí mismo;

Se arrodilla, y le abraza los pies.

dame la muerte, aquí me tienes.

Ment. Alza.

Ven á mis brazos, hazte algun esfuerzo,
y sufre como que eres Telémaco.

No es todavía sabio aquel que ciego
dexa de conocerse en sus pasiones,
pues lo confia todo de sus hechos.
Los altos Dioses, sí, te han condu-
cido

hasta la boca misma del averno;
pero no han permitido que cayeses.
Y qué fuera de tí si siempre terco
te dexases guiar de una locura
indigna de tu nombre? No, ya es
tiempo

de deshacer los nudos engañosos
que esa muger ató, y en que tú necio
te enredaste gustoso. Qué vergüenza
no debe ocasionar á un noble pecho
educado en conquistas de mas nombre,
formado para empresas de mas precio,
el detenerse á contemplar las gracias
de una muger astuta? Lo alhagüeno
de sus falsas caricias, podrán solo
oscurecer la fama de sus hechos?

No, hijo mio; tus padres y tu patria,
de que algun dia serás Rey, mis rue-
gos,

y ver en fin que te hablo como amigo
con experiencia, hagan dexar presto
esas ideas. Callas, y sollozas?

Ven á mis brazos, que el vigor y
aliento

que pueden inspirarte dará fuerzas
á tu espíritu abatido: yo me empeño
(como verás quando en tu juicio
vuelvas)

por tu felicidad, y me interéso
en restaurarte libre á tu reposo.

Si son poco eficaces mis consejos

Sabré regar tus plantas con mi llanto.

Telém. Qué haces, señor? No mas aba-
timientos

me ocasiones, Mentor, que así aver-
güences

mi humilde corazon?

Ment. Mientras no espero
sacarte de tu error...

Telém. Las reflexiones

de un sabio como tú, de un verdadero
amigo; de mi padre, y de mi guia,
dexarán de causar todo el efecto

en mi sensible corazón? Ea, vamos, por mis venas discurre un vivo fuego, que mas que nunca anima mi heroísmo. Venciste ya, Mentor; todo me entrego

á quanto dispusieres; solo pido una gracia no mas.

Ment. Te la concedo, con tal que no desistas de tu oferta, y como no sea el peligroso intento de volver otra vez á ver Eucaris.

Telém. Pues justamente te iba á pedir eso; en el último á Dios que yo la diese, sé que encontraria todo mi consuelo: déxame despedir, y que le diga quien de ella me separa, que es el celo de las deidades, que en mi pecho siempre

su memoria, y su nombre será eterno. Eso te pido, amigo; no, no temas: voy á abrazarla, y á buscarte vuelvo, que no quiero habitar en estos climas donde perdí la paz. *Quiere irse.*

Ment. Deten, no quiero que te espongas de nuevo al precipicio.

Tan ciega es tu pasión, no conociendo que buscas tu sosiego con lo mismo que te separa de él: dices que cuerdo triunfaste del amor, y de él no puedes

prescindir? Y querrás que yo dé asenso á lo que me prometes? Son muy tibias esas resoluciones, no las creo.

Estás muy pronto á quebrantar tus votos,

é inclinado á vivir siempre en el seno de la deshonra, del deleyte insano.

No te hablo mas en tu favor supuesto que te burlas de todas mis lecciones: pero no, no podré dexar de hacerlo quando á mi cargo ponen tu custodia. Huid de aquí, que amor si no es huyendo

no se puede vencer; ya nos espera en la costa un navío que debemos á Calipso.

Telém. Ella misma...

Ment. Sí, qué dudas?

Telém. Todo soy tuyo ya, tu eres primero que mi fe á una muger.

Ment. Vamos al punto.

Se le lleva como por fuerza.

Telém. Quán á costa del alma te obedezco!

Ap.

ESCENA ULTIMA.

Mutación de marina con un navío á la costa, Calipso y Eucaris, y todas las ninfas que puedan llegar con barchas encendidas en las manos; y luego Telemaco y Mentor.

Calip. Si es que estimais al extranjero, amigas,

aun estais en lugar de detenerlo:

ya va á partir, si no abrasais la nave que le conduce. Eucaris, corre presto.

Ves la primera, enciende en vivas llamas

el baxel.

Eucar. Ah traydor! ah hombre perverso!

Así olvidas mi amor? Pero no pienses que quede tu rigor sin escarmiento.

Venid ninfas, venid, sea en pavezas reducido el que sirve de instrumento á la traicion del hombre mas villano,

sofocad el mas soez de los proyectos. Seguidme todas.

Corre con las demás ninfas hácia el navío que ponen fuego, expresando la música el enagenamiento y aceleracion de la escena.

Calip. Eso sí, burladle.

Ya ese viejo caduco, consejero

el mas indigno: vean de una Diosa el enojo: que queden por desprecio de mi soberbia, y de mis ninfas todas.

Ya las llamas que suben hasta el Cielo consumaron mi idea que proyectés

que piense otra vez irse; qué contento será verle ábaido, solo y triste!

Que sufra, que mayor fue mi tormento.
Sea de mis furioses, de mi saña
el lastimoso blanco: mas qué veo?

*Aparecen en lo alto de una peña Telémaco
y Mentor.*

Allí están! Mira vil, desconocido,
como se logran todos tus intentos.
Ya no saldrás de aquí para vengarme.
de tus desdenes solo te reservo:
has de ser el oprobio, el escarnio
de todas, pues que ya te aborrecemos.
Mira la nave en que partir deseas
guiado de doctrinas de este viejo
que te ha privado de vivir dichoso.

Ment. Calla, fiera engañosa, pues tus me-
dios

son los que quedarán con mayor burla.
Piensas tú que los Dioses no dan premio
al noble Telémaco? Y tú imaginas
salirte con la tuya? aunque el infierno
se conjurara contra nuestra ruina,
hay poderes que toman con empeño
el bien de Telémaco.

Calip. Pues qué arbitrios
te pueden sugerir?

Ment. Veráslo presto.

Animo, hijo de Ulises, y no temas.

Telém. Qué intentas, dime?

Ment. El barco, que á lo lejos

se descubre, Fenicio nos socorra.

Partamos en su busca así rompiendo

*Precipita á Telémaco de lo alto, y se echa
al mar, siguiéndole.*

las cristalinas ondas; ya te sigo.

Telém. Ay de mí!

Ment. A Dios, Calipso. *Se tira.*
Calip. y Eucar. Santos Cielos!

*Eucaris desmayada en brazos de otra nin-
fa; Calipso queda inmóvil, y despues de
una pausa que hará la música, que indique
el dolor propio de la escena, dirá Calipso
con la mayor expresion de despecho.*

Calip. Dónde estoy, ó deidades soberanas!
qué es esto que me pasa! muerta quedo.
Triste de mí! Ah cruel! pérfido! Có-
mo..?

rabio de pena! Así... pierdo el aliento!
Me abandonas? O Cielo, qué injusti-
cia!

Adónde apelaré? No hallo consuelo.
O Númen del horror, confunde pronto
en donde pueda terminar su incendio
esta infeliz muger. Rabiando espiro,
sin poder terminar mi hado funesto.
Yo fuí la causa de mi misma ruina.
Presté oidos á este hombre, y sedu-
xeron

mi corazon sus voces... me abandonal
O memoria cruel! Dioses eternos!
romped la tierra, sofocad piadosos
en su obscura mansion mis tristes ecos,
abrid aquí un abismo por morada
de mi inmortalidad: dadme un infierno
para descanso mio, pues abriga
en sí mi corazon todo su fuego.
Vosotras furias por piedad rompedme
la entrada del horrible mongibelo;
y pues perdí á Telémaco, esto solo
expie en su tormento, mi tormento.

Húndese, y cae el telon.

F I N.